

puedes casarte con Nana.... Cuando todos son á fastidiarme con su matrimonio, tú rabias en un rincón.... Pero no es posible: hay que esperar que tu mujer castañetee.... ¡Ah! si tu mujer muriese, ¡cómo vendrías de prisa, cómo te arrojarias por tierra, cómo me ofrecerías eso con gran aparato, con suspiros, con lágrimas, con juramentos! ¿Eh? Querido, ¡qué bueno sería!

Nana había sacado una voz dulce, engañándole con un aire de feroz zalamería. Él, muy conmovido, llegó devolviéndole sus besos. Entonces ella gritó:

—¡Nombre de Dios! ¡Decir que he adivinado! Este hombre ha pensado en ello: espera que su mujer reviente.... ¡Vamos! Esto es el colmo; es aún más infame que los otros.

Muffat había aceptado á los demás. Ahora cifraba su última dignidad en ser el «señor» para los criados y los familiares de la casa; el hombre que, dando más, era el amante oficial.

Y su pasión se encarnizaba. Él se mantenía pagando, comprando muy caras hasta las sonrisas, y robado también en su dinero; pero esto era como una enfermedad que le roía y que le hacía sufrir fatalmente.

Cuando entraba en la alcoba de Nana, se contentaba con abrir un instante las ventanas para que se marchara el olor de los otros y el humo de cigarro, cuya acritud le sofocaba.

Esta alcoba era una especie de encrucijada: continuamente las botas se enjugaban en el umbral, y nadie se había detenido ante la huella de sangre que se veía á la puerta.

Zoé había conservado una preocupación de esta mancha, una simple manía de mujer limpia, estimulada por la continua presencia: sus ojos la miraban, y no entraba en la alcoba de la señora sin decir:

—Esto es atroz: no se borra nunca.... Y sin embargo, viene bastante gente.

Nana, que recibía mejores noticias de Jorge, ya convaleciente en las Fondettes con su madre, daba siempre la misma respuesta:

—¡Ah, querida! es preciso tiempo.... Ya se borrará bajo los piés.

En efecto, cada uno de estos señores, Foucarmont, Steiner, la Faloise, Faucherie, habían llevado un poco de la mancha en sus botas.

Y Muffat, á quien la huella de sangre preocupaba como á Zoé, la examinaba á pesar suyo, para leer en su color decreciente el número de hombres que pasaba.

Y tenía un miedo atroz: siempre cruzaba por encima, con el brusco temor de pisar alguna cosa viviente, un miembro desnudo caído en tierra....

Después, allí, en esta alcoba, le embriagaba un vértigo. Lo olvidaba todo: la baraunda de hombres que la atravesaban, el luto que cerraba su puerta.

Fuera, á veces, y al aire libre de la calle, lloraba de vergüenza y de indignación, jurando no volver á entrar allí jamás. Y desde que caía la *portière* estaba cogido de nuevo: se sentía fundir al tibio calor de esta estancia, penetrada la carne de un perfume, invadido de un deseo voluptuoso de anadamiento. Él, devoto, habituado á los éxtasis de las ricas capillas, encontraba allí exactamente sus mismas sensaciones de católico que cuando, arrodillado bajo la ventana de colores, sucumbía á la embriaguez de los órganos y de los incensarios.

La mujer le poseía con el despotismo celoso de un Dios de cólera, terrificándole, dándole momentos de gozos agudos, como espasmos, por horas de terribles tormentos, de visiones de infierno y de eternos suplicios.

Y siempre, á pesar de las luchas de su razón, esta alcoba de Nana despertaba en él una extraña locura, y desaparecía tiritando ante la omnipotencia del sexo, de igual modo que se desvanecía ante lo desconocido del vasto cielo.

Entonces, cuando le sintió tan humilde, Nana fué tiránica en su triunfo. Ella, por instinto, se entregaba con rabia á la tarea de envilecerle. No le bastaba destruir las cosas, había que ensuciarlas. Sus manos tan finas dejaban abominables huellas y descomponían por sí mismas todo lo que habían roto.

Y él, imbecil, se prestaba á este juego, con el vago recuerdo de los santos devorados por piojos....

Cuando le tenía en su alcoba, con las puertas cerradas, Nana se daba allí el regalo de la infamia del hombre.

Después de bromas de todo género, le pegaba ligeros golpes, le imponía voluntades extravagantes, le hacía cecear como un niño y repetir finales de frase:

—Di como yo: «..... ¡dut, que viene el coco!»

Él se mostraba dócil hasta reproducir su acento:

—«..... ¡Dut, que viene el coco!»

O bien hacía el oso á cuatro patas sobre la alfombra, en camisa, girando con gruñidos, como si hubiese querido devorarlo; y áun solía morderle en las pantorrillas para reír.

Después, poniéndose en pié:

—Ahora, tú haz el oso un momento..... Apuesto á que no lo haces como yo.

Encontraba esto delicioso.

El Conde se reía, poniéndose también á cuatro patas; gruñía, le mordía las pantorrillas, y Nana escapaba de él, afectando gestos de espanto.

—Somos muy tontos, ¿eh?—acababa por decir siempre.—No puedes formarte idea de lo feo que estás, mi gato. ¡Y bien, si te viesen en las Tullerías!.....

Pero estos pequeños juegos se echaron á perder muy pronto. Y no era crueldad en ella, que continuaba siendo una pobre muchacha; fué como un soplo de demencia, que pasó y creció poco á poco en la cerrada alcoba. Una atroz lujuria les lanzaba á los mayores desórdenes, á las más delirantes imaginaciones de la carne. Los antiguos terrores devotos de sus noches de insomnio volvían ahora con una sed de bestialidad, con un furor de ponerse á cuatro patas, de gruñir y de morder. Más tarde, haciendo un día el oso, Nana le empujó tan rudamente, que se estrelló contra un mueble, y ella rompió en una risa involuntaria, viéndole un chichon en la frente.

Desde entonces, y habiendo tomado el gusto á la broma por su ensayo sobre la Faloise, le trató como á un animal, y le zurraba de lo lindo, persiguiéndole á patadas.

—¡Hup!..... ¡hup!... Tú eres el caballo..... Éa ¡hup! ¡Diablo de bestia! ¿quieres andar?

Otras veces Muffat hacía de perro.

Nana le tiraba su pañuelo perfumado al extremo de la habitación, y él corría á recogerlo con los dientes, arrastrándose sobre las manos y las rodillas.

—¡Vén aquí, César!..... ¡Cuidado con gandulear!..... ¡Muy bien, César! ¡Obediente!..... ¡Cariñoso!..... ¡Eres un buen perro! Y el Conde amaba su bajeza, gustando el goce de ser un bruto.....

Nana tuvo un capricho, y exigió que viniese una noche vestido con su traje de chambelan. Grande fué la risa y la chacota cuando se presentó en todo su aparato, con la espada, el sombrero, los calzones blancos, el frac de paño rojo recamado de oro, llevando la llave simbólica colgada sobre el faldon izquierdo.

Esta llave, sobre todo, la divertía mucho, lanzándola á una fantasía loca de explicaciones no muy limpias.

Riendi siempre, tocada por la irreverencia de las grandezas, por el gozo de envilecerle bajo la pompa oficial de este traje, Nana le sacudió, le pinchó, y acompañaba sus interjecciones de «¡eh! ¡hurra, chambelan!» con sendos puntapiés en el trasero; y estos puntapiés los daba en su interior á las Tullerías, á la majestad de la corte imperial, dominante en la cumbre, sobre el miedo y el aplanamiento de todos.

¡Hé aquí lo que pensaba de la sociedad!

Esta era su revancha, un rencor inconsciente de familia legado con la sangre.

Nana rompía un chambelan como rompía una caja ó un frasco, y hacía de sus pedazos un monton de basura, que arrojaba en el rincon de una callejuela.

Entre tanto, los plateros habian faltado á su palabra; no entregaron el lecho hasta mediados de Enero.

Precisamente Muffat se encontraba entonces en Normandía, adonde había ido para vender unas marismas; Nana exigía cuatro mil francos inmediatamente.

El viaje debía durar dos dias; pero habiendo ultimado el negocio, apresuró su regreso, y sin pasar siquiera por la calle Miromesnil, se dirigió á la avenida Villiers.

Daban las diez en aquel momento. Como tenía la llave de una puertecita que daba á la calle Cardinet, subió libremente.

Ya arriba, en el salón, Zoé, que limpiaba los bronceos, quedó sobrecogida, y no sabiendo cómo detenerle, se puso á contarle muy por extenso que el señor Venot le buscaba desde la víspera con aire trastornado, y que había ya venido dos veces á suplicarle que si el señor Conde bajaba primero en casa de la señora, le enviara desde luego á la suya.

Muffat la escuchaba sin entender nada de esta historia; despues, advirtiendo su turbacion, sintió de pronto una rabia celosa, de que no se creia ya capaz, y se arrojó á la puerta de la alcoba, en la que se oían risas.

La puerta cedió; las dos hojas se abrieron violentamente, mientras que Zoé se retiraba encogiéndose de hombros.

¡Tanto peor! Puesto que la señora se volvía loca, que se arreglara sola como pudiese.

Y Muffat, presentándose en el umbral, lanzó un grito ante lo que veía.

¡Dios mio!.... ¡Dios mio!

En su regio lujo, la nueva alcoba estaba resplandeciente: adornos de plata sembraban de estrellas vivas el terciopelo rosa-té de las colgaduras, ese rosa de carne que toma el cielo en las noches hermosas, cuando aparece Vénus en el horizonte sobre el fondo claro del moribundo día, mientras que los cordoncillos de oro, cayendo de los ángulos, y los ricos encajes que festoneaban las molduras, simulaban llamas ligeras, cabelleras sueltas y encendidas, cubriendo á medias la gran desnudez de la estancia y realzando su palidez voluptuosa.

Despues, enfrente, estaba el lecho de plata y oro, que resplandecía con el brillo deslumbrador de sus cinceladuras; un trono bastante amplio, para que Nana pudiese extender allí la majestad de sus desnudos miembros; un altar de riqueza bizantina, digno de la omnipotencia de su sexo, y en el que se ostentaba en aquel momento mismo con pagano impudor su ídolo temido y formidable.

Y cerca de ella, bajo el reflejo niveo de su garganta, en medio de su triunfo de diosa, se revolcaba una vergüenza, una decrepitud, una ruina cómica y lamentable: el Marqués de Chouard en camisa.

El Conde había juntado las manos. Atravesado de un gran estremecimiento, repetía:

—¡Dios mio!.... ¡Dios mio!

Por él, por el Marqués de Chouard habían florecido las rosas de oro del lujoso lecho, todas aquellas rosas de oro que se abrían entre artístico follaje; por él se inclinaban los amores, aquel delicioso grupo asomado á las celosías de plata con sonrisas picarescas de amor; y á sus piés, por él descubría un fano el sueño de la ninfa de la voluptuosidad, esta figura de la Noche copiada sobre el desnudo célebre de Nana, hasta en los muslos demasiado robustos, que la hacían reconocer de todos.

Arrojado allí como un pingajo humano, descompuesto y corrompido por sesenta años de desórdenes, aquel monton de huesos contrastaba con las brillantes carnes de la mujer. Cuando Chouard vió abrirse la puerta, se había incorporado, con el terror de un viejo poco presentable; esta última noche de amor le tenía como imbécil, y no encontrando palabras, paralizado á medias, balbuciente, trémulo, permanecía en actitud de fuga, la camisa arrollada á su cuerpo de esqueleto, una pierna fuera de las colchas, ¡una pobre pierna lívida, cubierta de pelos grises!

Nana, á pesar de su contrariedad, no pudo contener la risa.

—Tápate, pues, arrópate—dijo cubriéndole y enterrándole bajo las mantas, como una porquería que no se puede enseñar.

Y saltó del lecho para cerrar la puerta.

¡Decididamente, no era afortunada con su *mufito*!

Llegaba siempre en los momentos menos oportunos: el viejo le había llevado los cuatro mil francos, y le dejaba hacer...

Rechazó las hojas de la puerta y gritó:

—¡Tanto peor! tuya es la culpa. ¿A quién se le ocurre entrar de ese modo?

Muffat permanecía ante esta puerta cerrada, como aniquilado por lo que acababa de ver.

Despues, como un árbol sacudido por un huracán, se bamboleó y cayó sobre sus rodillas, con un crujido de todos los miembros. Y extendiendo las manos desesperadamente, balbució:

—¡Esto es demasiado, Dios mio, es demasiado!

Con un arrebato extraordinario, las manos elevadas y juntas, buscaba al cielo, llamaba á Dios.

—¡Oh, no, no quiero!... ¡Oh, venid á mí, Dios mio! ¡Socorredme, hacedme morir primero!... ¡Oh, no, este hombre no, Dios mio! Todo ha concluido; tomadme, llevadme, que yo no vea más, que yo no oiga más.... ¡Oh, yo os pertenezco, Dios mio! Padre nuestro, que estás en los cielos....

Y Muffat continuaba, abrasado de fe, y una oracion ardiente se escapó de sus labios. Pero álguien le tocó en el hombro. Levantó los ojos: era el señor Venot, muy sorprendido de encontrarle rezando ante esta puerta cerrada.

Entónces, como si Dios mismo hubiese respondido á su llamamiento, el Conde se arrojó en los brazos del viejecillo. Por fin, podía llorar, y sollozaba repitiendo:

—Hermano mio.... hermano mio....

Toda su humanidad doliente parecia aliviarse en este grito:

—¡Oh, hermano mio, cuánto sufro!... Vos solo me quedais, hermano.... Arrancadme de aquí para siempre. ¡Oh! por favor, arrancadme....

Entónces el señor Venot le estrechó contra su pecho, y le llamaba tambien su hermano.

Pero tenia que darle un nuevo golpe: desde la víspera le andaba buscando para decirle que la Condesa Sabina, en una ofuscacion suprema, acababa de escaparse con el principal dependiente de un gran almacén de novedades; escándalo horrible, de que hablaba ya todo París.

Y otra vez angustiado, mirando con aire de terror la puerta, las paredes, el techo, repetia siempre su fervorosa súplica:

—¡Llevadme, señor!... Yo no puedo más, llevadme.

El señor Venot le sacó de allí como á un niño, y desde entónces le perteneció por entero.

Muffat volvió á los estrictos deberes de la religion. Su vida estaba destruida. Habia presentado su dimision de chambelán ante los pudores sublevados de las Tullerías.

Estela, su hija, le envolvía en un proceso por una suma de sesenta mil francos; la herencia de una tia, que debió haber recibido á su matrimonio.

Arruinado, viviendo estrechamente con los restos de su gran fortuna, se dejaba rematar poco á poco por la Condesa, que comia los despojos que Nana desdeñara.

Sabina, corrompida por la promiscuidad de esta mujer, y lanzada á todo, fué como el hundimiento final.

Después de sus aventuras volvió al hogar abandonado, y el Conde la recibió con resignacion.... Pero Muffat habia llegado al punto de indiferencia en que no hacen sufrir estas cosas.

El cielo le arrebatava de las manos de la mujer para trasportarle á los brazos mismos de Dios.

La noche de la ruptura, Mignon se presentó en la avenida Villiers.

Iba allí, aconsejado por Faucherie, é intentaba quitar á Nana su doncella, cuya inteligencia nada vulgar habia apreciado el periodista: Rosa estaba desolada, porque hacia un mes que iba cayendo en manos de muchachas sin experiencia, que la ponian en continuos apuros.

A la primera palabra de Mignon, Zoé sonrió expresivamente: ¡imposible! dejaba á la señora, pero iba á establecerse por su cuenta; y añadió, con un aire de discreta vanidad, que diariamente recibia propinas, que se la disputaban las damas, y que la señora Blanca le hacia un puente de oro para que se volviese con ella.

Zoé tomaba el establecimiento de la Tricon, realizando un antiguo proyecto largo tiempo inventado, una ambicion de fortuna, adonde iban á parar sus economías.

Estaba llena de ideas elevadas; soñaba con dar más proporciones á la cosa; alquilar un hotel y reunir allí todos los atractivos, y á este propósito habia tratado ya de enganchar á Sartin, una tonta que se moria en el hospital, segun lo poco que se estimaba.

Mignon insistia, hablando de los riesgos que se corren en el comercio; pero Zoé, sin explicarse sobre el género de su establecimiento, se limitó á decir con una sonrisa penetrante, como si tratara de tomar una confitería:

—¡Oh! las cosas de lujo marchan bien siempre.... Mirad: hace mucho tiempo que estoy en casa de las otras, y quiero que las otras estén en mi casa.

Y una especie de ferocidad hinchaba sus labios: iba á ser por fin «la señora», y tendría á sus piés por algunos luses á estas mujeres, cuyas jofainas lavaba hacía quince años.

Mignon quiso hacerse anunciar, y Zoé le dejó un instante, despues de haber dicho que la señora habia pasado muy mal dia.

Habia venido una sola vez, y no conocia el hotel.

Esta maldita Nana le asombraba.

En medio del desórden del hotel, entre las averías y destrozos de los criados, habia allí un hacinamiento tal de riquezas, que tapaba los agujeros y cubria las ruinas.

Y Mignon, enfrente de este monumento magistral, se acordaba de las grandes obras.

Cerca de Marsella le habian enseñado un acueducto, cuya arcada de piedra pasaba por encima de un abismo; obra ciclópea, que habia costado millones y diez años de luchas.

En Cherbourg habia visto el nuevo puerto, una cantera inmensa, centenares de hombres sudando al sol, máquinas colmando el mar de rocas ó alzando una muralla, en que á veces quedaban aplastados los obreros como masa sangrienta.

Pero esto le parecia pequeño: Nana le exaltaba más, y experimentaba ante su obra la misma sensacion de respeto que una noche de fiesta sintió en el castillo de un refinador, un palacio cuyo esplendor regio habia sido pagado con una sola materia: el azúcar.

Nana lo habia hecho con otra cosa, una pequeña tontería que inspiraba risa, un poco de su desnudez delicada, una nimiedad vergonzosa, y tan potente, de tanta influencia en el mundo, que sola, sin operarios, sin máquinas inventadas por los ingenieros, acababa de conmover á París y de edificar esta fortuna, en que flotaban cadáveres.....

Nana habia caído poco á poco en un hondo pesar.

Primeramente, el encuentro del Marqués y del Conde la habia sacudido de una fiebre nerviosa, en que casi entraba la alegría.

Despues, el pensamiento de este viejo que partia en un fiacre, medio muerto, y de su pobre *mufito*, á quien no volvería á

ver más despues de haberle mortificado tanto, le causó un principio de melancolia sentimental.

En seguida se disgustó mucho al saber la enfermedad de Satin, desaparecida quince dias ántes.....

Cuando hacia enganchar para ver una vez más á esta pobre desastrada, Zoé vino tranquilamente á darle sus ocho dias de plazo.

Nana se desesperó de pronto; parecía que perdía una persona de su familia.

¡Dios mio! ¿Qué iba á ser de ella, completamente sola? Y suplicaba á Zoé, que, muy halagada por la desesperacion de la señora, acabó por abrazarla para mostrar que no se iba incomodada con ella; pero era preciso, el corazon callaba ante los negocios.

Nana, llena de disgusto, no pensaba ya en salir, arrastrándose en su saloncito, cuando Labordette, que subió para hablarle de una compra de lance, unos encajes magníficos, se dejó decir entre dos frases, á propósito de nada, que Jorge habia muerto.

Esta noticia la heló.

—¡Zizi muerto!—dijo.

Y su mirada, por un movimiento involuntario, buscó sobre la alfombra la mancha roja; pero ésta habia al fin desaparecido: ¡los piés la habian borrado!

Entre tanto Labordette daba detalles: no se sabía á punto fijo; unos hablaban de una herida enconada; otros se hacian eco de un suicidio, un chapuzon del muchacho en un pozo de las Fondettes. Nana repetía:

—¡Muerto, muerto!

Tenía un nudo en el cuello desde por la mañana; estalló en sollozos, y se alivió.

Era una tristeza infinita, algo de profundo y de inmenso que la abrumaba.

Habiendo intentado Labordette consolarla de la muerte de Jorge, Nana le hizo callar con la mano, balbuceando:

—No es solamente él; es todo, es todo..... Yo soy muy desgraciada..... ¡Oh, comprendo ya! Ahora dirá la gente que soy una infame..... Esta madre affigida allá abajo, y este pobre hombre, que gimoteaba esta mañana ante mi puerta, y los

otros arruinados á estas horas, despues de haber comido su fortuna conmigo.... ¡Eso es, cebaos sobre Nana, cebaos sobre la bestia!.... ¡Oh! parece que los estoy oyendo: esa indigna mujer, la querida de todo el mundo, que limpia á los unos, que hace matarse á los otros, que causa penas á tanta gente....

Y tuvo que interrumpirse, sofocada por las lágrimas, caída de dolor á traves de un divan, la cabeza hundida en un cojín.

Las desgracias que sentía alrededor de ella, estas miserias á que había dado origen, la inundaban en una ola tibia y continua de ternura, y su voz se perdía en una queja sorda de niña desolada.

—¡Oh, yo me muero! ¡Oh, estoy enferma!.... No puedo más, esto me ahoga.... Es muy duro no ser comprendida, ver á todo el mundo ponerse en contra vuestra, porque son los más fuertes.... Sin embargo, cuando no se tiene nada que reprocharse, cuando está la conciencia tranquila.... ¡Y bien, no!

Había una indignacion en su cólera. Nana se levantó, enjugó sus lágrimas y paseó con agitacion.

—¡Y bien, no: diga lo que quieran, no es culpa mia! ¿Soy yo acaso una infame? Yo doy todo lo que tengo, pero no mataría una mosca.... ¡Son ellos, sí, han sido ellos!.... Yo nunca les he contrariado. Se colgaban de mis vestidos, y hoy hélos ahí que revientan, que mendigan, que se arrojan todos á la desesperacion.

Se puso de nuevo á pasear, y dió un violento puñetazo sobre un velador.

—¡Nombre de Dios, esto no es justo! La sociedad está mal hecha. Todos culpan á las mujeres, cuando son los hombres los que exigen cosas.... ¡Y bien! esto no me hacía ninguna gracia, ninguna absolutamente. Me aburría, palabra de honor.... ¡Vamos, yo te pregunto si tengo algo que ver en eso!... ¡Ah, sí, me han hundido! Sin ellos, sin lo que ellos han hecho de mí, estaria en un convento rezando al buen Dios, porque yo siempre tuve religion.... ¡En fin, si han dejado su moneda y su piel, suya es la culpa! Yo no tengo que ver en eso.

—Indudablemente—dijo Labordette convencido.

Zoé introducía á Mignon, y Nana le recibió sonriendo; había llorado bastante, era tiempo de concluir.

Mignon la felicitó por tanta elegancia, rebosando entusiasmo aún; pero ella dejó traslucir que estaba cansada de su hotel, y que ahora pensaba otra cosa: iba á venderlo todo uno de estos dias.

Despues, como daba un pretexto á su visita, hablando de una representacion á beneficio del viejo Bosc, clavado en un sillón por una parálisis, ella se apiadó mucho y le tomó dos palcos. En aquel momento Zoé advirtió que el coche esperaba á la señora; Nana pidió su sombrero, y mientras desataba las cintas contó la aventura de la pobre Satin, añadiendo despues:

—Voy al hospital.... Nadie me amó como ella. ¡Ah! ¡con razon se acusa á los hombres de no tener alma!.... ¿Quién sabe? Acaso no la encuentre ya.... No importa, solicitaré verla. Quiero abrazarla....

Labordette y Mignon se sonrieron.

Ella no estaba ya triste, y sonrió tambien.

Y los dos la admiraban en un silencio recogido, mientras que acababa de abotonar sus guantes.

Permaneció en pié, sola, en medio de las riquezas de su hotel amontonadas, con un pueblo de hombres rendidos á sus piés.

Como esos monstruos antiguos, cuyos dominios pavorosos estaban cubiertos de osamentas, Nana ponía los piés sobre cráneos, y la rodeaban las catástrofes: la llama furiosa de Vandebres; la melancolía de Foucarmont, perdido en los mares de la China; el desaire de Steiner, reducido á vivir honradamente; la imbecilidad satisfecha de la Faloise; el trágico hundimiento de Muffat y el blanco cadáver de Jorge, velado por Felipe, que había salido de la prision el dia anterior.

Su obra de ruina y de muerte estaba hecha: la mosca escapada de las inmundicias de las calles, llevando el fermento de las podredumbres sociales, había envenenado á estos hombres sólo con posarse sobre ellos.

Esto era bueno, esto era justo; había vengado á los suyos, los míseros y los abandonados.

Y mientras que en una apoteosis de su sexo se elevaba y resplandecía sobre sus victimas extendidas, semejante á un naciente sol que ilumina campos de matanza, conservaba su

inconsciencia de bestia orgullosa, ignorante de su obra, ¡buena muchacha siempre!

Continuaba gorda y rolliza, con bella salud y buen humor.

Ya no daba importancia á esto, y su hotel le parecía estúpido, demasiado pequeño, lleno de muebles que la molestaban.

Una miseria, cosa simplemente de volver á empezar.

Sonaba ya algo mucho mejor, y partió á abrazar á Satin, elegante, limpia, satisfecha, con el aire completamente nuevo, como si no hubiera sufrido nunca.

XIV

Nana desapareció bruscamente: era una nueva inmersión, una fuga, una escapatoria á países extravagantes.

Antes de su partida se había proporcionado la emoción de una venta, deshaciéndose de todo, hotel, muebles, alhajas, hasta de su ropa blanca y objetos de tocador.

Citábanse cifras: en cinco días la subasta produjo más de seiscientos mil francos.

Todavía, por última vez, París la vió en una comedia de magia: *Melusina*, en el teatro de la Gaité, el cual Bordenave, sin un cuarto, acababa de tomar en un arranque de audacia; Nana se encontró allí con Prullière y Fontan, y su papel estaba reducido á una simple exhibición, á tres posturas plásticas de hada poderosa y muda.

Después de este gran éxito, cuando Bordenave, arrebatado por la fiebre del reclamo, iluminaba á París con colosales anuncios, se supo á lo mejor que debía haber partido la víspera para el Cairo; una simple discusión con su director, una palabra que no le agradó, el capricho de una mujer bastante rica para no tolerar imposiciones.

Pasaron los meses y se la iba olvidando. Cuando se pronunciaba su nombre corrían las más extrañas historias, dando cada cual noticias opuestas y sorprendentes. Había hecho la conquista del Virey, y reinaba en el fondo de un palacio, sobre doscientos esclavos, á quienes cortaba la cabeza para reír un poco, ó bien se había arruinado con un gran negro, una asquerosa pasión, que la dejaba sin camisa en aquella desenfre-